

EDITORIAL

Con su sentido crítico característico, y no sin cierto humor, Karl Popper daba a entender alguna vez que el primer filósofo no fue en realidad el primero sino el segundo, señalando con esta paradoja que el hecho de que la filosofía (y todo pensamiento conceptual) sólo se conforma en tanto que “tradición crítica”, en tanto que actividad colectiva en la historia. Esto quiere decir que una teoría filosófica no se constituye, ante todo, mediante referencias a las cosas o a las experiencias y opiniones propias, sino mediante un procedimiento histórico de discusión, de análisis y crítica de otras posturas teóricas que le han precedido, frente a las cuales aquella teoría puede definir sus aportes y adquirir, a su vez, sentido y valor para las que le sucederán. En realidad ser capaz de mantenerse y subsistir, de crear una tradición, es un rasgo universal de toda actividad social y cultural (en los ámbitos teóricos: teología, filosofía, ciencia; y en los ámbitos prácticos: moral, política, arte).

Para el caso de una publicación podríamos decir lo mismo particularmente en contextos como el nuestro: que el primer número de una revista no es en realidad el primero sino el segundo o el tercero. Pues sólo la subsistencia y continuidad de un proyecto editorial le da identidad y realidad a su propuesta. Como decía Deleuze, la esencia de una cosa no está en su origen sino en su devenir, y esto vale, naturalmente, para el caso de Devenires. Por esta razón es hasta ahora, cuando estamos cumpliendo dos años y llegando al número cuatro, cuando queremos celebrar, sin renunciar del todo a cierta prudencia, la aparición de nuestra publicación y su proyecto editorial y filosófico.

Fue precisamente el grande y creativo pensador francés Gilles Deleuze quien introdujo en la filosofía contemporánea el término “devenires”. Cosa curiosa: se trata de una palabra que, en la forma del singular, había sido usada casi desde los orígenes de la historia de la filosofía, llegando a alcanzar su gran consagración conceptual en la dialéctica de Hegel, el proyecto filosófico más consecuente hasta ahora en la idea de concebir al Ser como devenir, como movimiento y proceso. Sin embargo una sutil modificación, el agregado de una letra (“s”) a la palabra devenir, esto es, su uso en la forma del plural (devenires), bastó para producir un cambio fundamental y de grandes consecuencias en nuestras formas de pensamiento y comprensión. Con su propuesta, Deleuze hizo clara la

gran diferencia entre el pensamiento crítico contemporáneo y toda la tradición metafísica de la filosofía occidental, la cual, en sus mejores momentos, no había llegado más allá de una concepción monológica y unidimensional del devenir, en la que se acababa —reduciendo lo Otro a lo Mismo, lo diferente a lo idéntico, lo diverso a lo único— por reforzar una concepción estática y abstracta del Ser, la realidad y el mundo —tanto el mundo en general como el mundo humano en particular.

El término devenires expresa con singular precisión el nuevo espíritu del tiempo, es decir, los nuevos espíritus de los tiempos. Renunciamos ahora —y alegremente— a toda visión teleológica, monológica y, al fin, etnocéntrica del devenir: del pensamiento, la historia y la cultura. No hay uno solo sino muchos devenires, muchos y diversos procesos de pensamiento, de historización y de cultura; muchos y diversos encuentros, cambios, transformaciones... Al renunciar a la idea monológica y monocéntrica del devenir, al supuesto de que el devenir ha de tener puntos de referencia sustanciales e inalterables, esto es, al abrirnos a la idea de los devenires en cuanto procesos móviles, imprevisibles, libres y abiertos, estamos en posición de reconocer al diálogo y a la comunicación inter-filosófica, interdisciplinaria o intercultural, su dimensión verdaderamente trascendental: así como su capacidad y posibilidades creativas, transformadoras e innovadoras; su capacidad para repercutir efectivamente en los diversos campos del pensamiento y la acción humana. Hay un devenir de la filosofía, un hacerse de la filosofía en el tiempo, pero hay también un devenir-cultura, un devenir-mundo de la filosofía que se encuentra con el devenir filosófico de la cultura, con el devenir filosófico de las reflexiones y prácticas de los más diversos ámbitos (arte, política, ciencias, etc.). Contribuir a la producción, a la ampliación de estos devenires, pero también a la realización de encuentros, al intercambio de dones y contradones, esto es, a la multiplicación y pluralización de los diálogos, es el propósito y la apuesta de Devenires.